

EL DEBATE SOBRE EL ASILO*

THE DEBATE ON ASYLUM

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN PARÍS EL 14 DE ENERO DE 1993)

JÜRGEN HABERMAS

TRADUCCIÓN DE JUAN CARLOS VELASCO

Quisiera comenzar describiendo la constelación y el contexto inmediato en el que una cuestión tan árida como los derechos de asilo se ha convertido en objeto de una controversia tan acalorada (1). Luego me centraré en el contenido y las características de este deshonesto debate (2), para finalmente abordar tanto el trasfondo histórico de una concepción peculiarmente alemana de nación y ciudadanía como la pregunta actual de si esta mentalidad se está regenerando a sí misma tras la unificación nacional (3).

1. CONTEXTO DEL DEBATE

A la *constelación* de este desafortunado debate pertenecen, primero, los movimientos migratorios globales que se están dirigiendo hacia los pacíficos y prósperos países de Europa y Norteamérica desde todas las regiones del mundo afectadas por guerras civiles y la depauperación. Hay desequilibrios explosivos entre, por un lado, las sociedades económicamente desarrolladas del Norte y, por otro, las antiguas colonias del Sur y los Estados que, surgidos en el Este como consecuencia del colapso de la Unión Soviética, han estado excluidos durante mucho tiempo del mercado

* Este texto de Habermas fue publicado originalmente, con el título de "Die Asyldebatte", en su libro *Vergangenheit als Zukunft*, Múnich: Piper, 1993, pp. 159-186. La traducción desde el alemán y la elaboración de todas las notas son obra de Juan Carlos Velasco.

mundial. Estas relaciones asimétricas ya no pueden caracterizarse (o al menos no principalmente) como relaciones de explotación, ya que ninguna de las partes puede sobrevivir sin los recursos de la otra. En situaciones clásicas de explotación, las clases oprimidas poseen al menos un poder de veto; por ejemplo, pueden emplear la amenaza de huelgas en la medida en que su fuerza de trabajo es indispensable. Dejando a un lado los arsenales de armas aún almacenadas en sus territorios, el Sur y el Este ya no tienen acceso a las correspondientes sanciones. Cualquiera que sea el tipo de sanciones que siguen estando a disposición de estos países, y que podrían tener repercusiones reales en las asimetrías, son más bien masoquistas: ciertamente podrían “amenazar” con un chantaje nuclear, con las consecuencias globales del agotamiento de sus recursos ambientales o incluso con una avalancha de inmigrantes. El problema de la migración se puede resolver solo si también se pueden desarrollar sistemas económicos competitivos en estas regiones, y las perspectivas para esto no son buenas. Max Weber tenía razón: el capitalismo se desarrolló dentro de un marco sociocultural tan determinado que este modelo no se puede transponer a otras culturas y otras tradiciones sin procesos de adaptación a largo plazo, si es que se puede trasplantar. Esto es algo que podemos observar incluso en nuestros propios países, por ejemplo, al sur de Roma. Las causas del problema de la migración global son tan difíciles de manejar como sus consecuencias para aquellos países que han sido los más afectados por la inmigración. Que no haya soluciones simples es la premisa de todas las siguientes reflexiones.

Países como Alemania y Francia, que en contraste con Estados Unidos o Canadá no son naciones de inmigrantes en el sentido clásico, han sido los más afectados por el torrente migratorio. Alemania, a pesar de que hasta la Primera Guerra Mundial recibió 1.200.000 migrantes económicos, se concibe a sí misma como una nación de emigrantes. Ahora atraviesa un doloroso proceso de transformación en un país de inmigración. Ciertamente, tanto Alemania como Francia reclutaron por su propio interés mano de obra inmigrante en gran número durante la década de 1960 y principios de la de 1970, al menos hasta 1973-74. Provocado en parte por la crisis del petróleo, los gobiernos alemán y francés adoptaron medidas más bien restrictivas que exigían una política de repatriación. Hoy en día, los llamados trabajadores invitados, principalmente del Sur en el caso de Francia, y de Turquía y Yugoslavia en el de Alemania, constituyen una parte considerable de la población activa. Están sobrerrepresentados en los sectores de la economía de bajos salarios evitados por la población nativa y tienen una tasa de desempleo superior a la media. Mientras tanto, las familias fueron llegando y aquí nacieron las segundas y terceras generaciones. En resumen, los inmigrantes se convirtieron en gente del país, en paisanos. Si se quiere evitar conflictos, estas personas deberían convertirse en ciudadanos, tanto en el sentido jurídico de la ciudadanía como en el político-cultural.

En la actual República Federal Alemana (RFA), el problema de integrar la corriente de inmigrantes recién llegados, así como aquellos que ya están establecidos aquí, tiene lugar dentro de un *contexto* particular. Aquí tan sólo mencionaré dos hechos: a) las consecuencias económicas y políticas de la unificación nacional; y b) el terrorismo de derecha.

Ad a). Desde un punto de vista económico, la unificación alemana ha producido el resultado irónico de que la crisis económica mundial sólo se hizo perceptible en el país con un retraso de dos años. La política de financiar los costos acumulados de la unificación al asumir nuevas deudas tomó la forma de un enorme programa de especulación económica gubernamental y tuvo, al principio, un efecto positivo en los estados occidentales de Alemania. Ahora, sin embargo, también la RFA, dependiente de la exportación, está atrapada en la misma tendencia a la baja que el resto del mundo. En la antigua RFA, el número de desempleados ha superado el tope de los dos millones, recordándonos los costos de transferir miles de millones de marcos alemanes del Oeste al Este, un acto cuyas consecuencias para la población era fácil pasar por alto bajo la influencia de falsos pronósticos y falsas promesas. También desde un punto de vista psicosocial, la unificación orquestada administrativamente ha provocado decepciones en ambos lados. Los déficits normativos del proceso de unificación de los que se habían quejado los intelectuales desde el principio consisten sobre todo en el hecho de que nunca hubo un debate público sobre la autocomprensión de una RFA ampliada, construida a partir de partes tan heterogéneas. No hubo debate constitucional; el debate que lo suplantó, que versaba sobre Berlín como la nueva capital, se desarrolló en los frentes equivocados. Las mentalidades distintivas que caracterizan a Oriente y Occidente están colisionando de manera aún más violenta. Se ha puesto en marcha una espiral de estereotipos mutuamente opuestos, lo que hace aún más difícil superar las disparidades económicas y sociales entre las dos partes de Alemania.

Ad b). En esta tensa situación, el estallido inesperado de la violencia radical de la derecha es explosivo. El balance de fin de año de 1992 de la Oficina para la Protección de la Constitución, con sede en Hamburgo (publicado en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* el 19 de diciembre de 1992) es impactante. Durante 1992, 17 personas fueron asesinadas por radicales de derecha; entre 800 y 900 resultaron heridos; en total, se produjeron 2.200 ataques. Según dicha Oficina, los extremistas de derecha conocidos están desigualmente repartidos entre la antigua y la nueva RFA: 2.600 en los antiguos estados occidentales en comparación con los 6.500 en los nuevos estados del Este, aunque estos últimos representan solo una quinta parte de la población total. Es cierto que el nivel organizativo de los grupos en la antigua República Democrática Alemana es bastante bajo, mientras que en Occidente los partidos políticos a la derecha de la CDU han tenido una clientela bastante grande en las elecciones parlamentarias estatales desde

1988. En las últimas elecciones regionales en Berlín y Bremen, el 18% de los jóvenes votantes varones depositaron sus papeletas por partidos de extrema derecha. Como en toda Europa, por supuesto, estos patrones de votación cambiantes también expresan un nivel general de resentimiento contra los partidos políticos establecidos, que a su vez se ven superados objetivamente por la naturaleza y el alcance de los problemas que esperan soluciones en la actualidad. Este rechazo de los partidos políticos establecidos es un síntoma perturbador de una aceptación cada vez menor del pluralismo político. Lo sorprendente de este cambio de mentalidad (que, en cualquier caso, había estado esperando entre bastidores durante varios años, pero que sólo en los últimos meses ha empezado a manifestarse en la esfera pública) no son las pandillas juveniles que por primera vez vuelven a activar los viejos símbolos nazis, sino más bien el hecho de que esta criminalidad política, adoptada en los medios de comunicación, ha logrado despertar un síndrome familiar de prejuicios en la población en general. El odio a los extranjeros se ha traducido con frecuencia en antisemitismo y resentimiento contra los discapacitados y otros grupos minoritarios. Este es el trasfondo de las duras críticas dirigidas contra intelectuales de izquierda como Günter Grass y los esfuerzos grotescos de los neoconservadores de atribuir el terrorismo de extrema derecha a los cambios liberales en valores y actitudes que parecían haber prevalecido en la RFA a lo largo de las dos últimas décadas.

2. CONTENIDO Y RASGOS DEL DEBATE

En este contexto, los partidos de la coalición gobernante han cedido ante la tentación de luchar contra el llamado abuso del derecho de asilo desde puntos de vista oportunistas, de modo que, por un lado, pudieran evitar que la parte más alarmada de sus bases de votantes se desviara hacia los partidos de extrema derecha, mientras que, por otro, pudieran caracterizar a la oposición como el verdadero culpable. En lugar de resistir esta presión, la tímida dirección del Partido Socialdemócrata (SPD) permitió que el *Giro de Petersberg* introdujera el conflicto en sus propias filas². Este vuelco adaptativo dio lugar a un dudoso compromiso sobre asilo a principios de diciembre de 1992, un compromiso con el cual las partes

2 Se conoce como Giro de Petersberg (*Petersberger Wende*) la aprobación en el verano de 1992 de cambios sustantivos en la línea política tradicional del SPD, que, en general, fueron considerados como una capitulación ante la presión de la derecha. En lo que respecta al derecho de asilo, el giro se tradujo en la primavera de 1993 en un acuerdo entre el SPD y el gobierno conservador para una nueva formulación de dicho derecho en la Ley Fundamental mediante la adición de un nuevo artículo, el 16a. Se abandonó la idea de un derecho ilimitado al asilo y se incorporaron estas dos severas restricciones: 1) los extranjeros que ingresen a través de un Estado de la Unión Europea u otro tercer

intentaron una vez más poner un tema que se había vuelto demasiado candente para ellos en un segundo plano político.

Durante mucho tiempo, la Unión Social Cristiana (CSU) ha operado de acuerdo con el siguiente principio: si funciona para Schönhuber, haz lo que Schönhuber esté haciendo³. Desde los ataques en Rostock, el debate sobre el asilo indica claramente que esta máxima ha encontrado simpatizantes más allá de la frontera bávara, incluso en lo más profundo de las filas del SPD. Mientras aún era secretario general de la Unión Demócrata Cristiana (CDU), Volker Rühe instó a su partido a poner la cuestión del asilo en la agenda política. Cuando la simpatizante población de Rostock instaló puestos de salchichas frente a los albergues de asilo en llamas, para quienes buscan hacerse con la mayoría electoral no tiene sentido el esfuerzo ofensivo de convencer, sino una política simbólica, una política de cambios constitucionales que no cuesta nada y no cambia nada, pero sí logra transmitir el punto de vista incluso a los más ingenuos: el problema con el odio a los extranjeros son los extranjeros mismos. En septiembre de 1991, cuarenta y ocho horas después del primer brote de violencia xenófoba en Hoyerswerda, el embajador israelí se puso en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores porque echaba en falta un claro posicionamiento por parte del gobierno federal. Incluso después de Rostock, el gobierno no dio señales de indignación moral, simpatía o ira democrática contra el retorno de actitudes y afectos que solo pueden conducir a la destrucción de cualquier comunidad. El canciller federal sólo respondió airadamente ante un puñado de perturbadores en la gran manifestación de Berlín porque dañaban la reputación de Alemania en el mundo: ése era para él “el verdadero crimen”. Incluso después de Mölln, todo lo que se les ocurrió a los editores del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (24 de noviembre de 1992) fue evocar “el amor por el propio país, que no debe ser expuesto a la vergüenza”.

De hecho, estas reacciones al terrorismo de extrema derecha –las reacciones del centro político de la población y las de arriba: del gobierno, del aparato estatal y de la dirección de los partidos– conforman un segundo “Otoño Alemán”⁴. La preocupación más apremiante no fue ni las víctimas ni la des-civilización de

país seguro no pueden invocar el derecho de asilo; 2) se puede suponer de entrada que en ciertos países de origen no hay ninguna persecución política.

3 Franz Schönhuber (1923-2005) fue un ex oficial de las SS y líder del partido radical de derecha *Die Republikaner*, que obtuvo sus mayores éxitos electorales a finales de la década de 1980 y en los primeros años de la siguiente.

4 “Otoño Alemán” (*Deutscher Herbst*) es el término acuñado para definir la atmósfera política entre septiembre y octubre de 1977 en la RFA, una de las crisis más graves de su historia generada a raíz de los sangrientos ataques llevados a cabo por la organización terrorista de extrema izquierda *Rote Armee Fraktion* (RAF).

nuestra sociedad, sino la reputación y el aprecio de Alemania como emplazamiento industrial. Incluso después de los asesinatos de Mölln⁵, que provocaron indignación generalizada y simpatía espontánea con las víctimas turcas, un portavoz de la administración explicó la ausencia del canciller al referirse a asuntos más apremiantes que el “turismo de condolencias”. El problema no eran los *skin-heads*, sino los agentes de policía, que bien no estaban allí o bien miraban sin intervenir; eran las autoridades encargadas de hacer cumplir la ley que, excepto cuando se trataba de contramanifestantes judíos de Francia, arrastraban los pies; eran los tribunales, que dictaban sentencias condescendientes; eran los oficiales del ejército, que lanzaron sus granadas de mano de práctica a los refugios de asilo; eran los partidos políticos que desviaron la atención de los problemas reales de un proceso de unificación mal diseñado mediante un incalificable debate sobre el asilo y lograron convertir en cómplices a una parte embotada y resentida del electorado. No puedo recordar ningún otro tema que haya sido tan diligentemente desplegado y se haya mantenido tan presente en la esfera pública mediática y que, al mismo tiempo, se haya vuelto tan oscuro e irreconocible en sus verdaderos rasgos. Detrás de la cortina de humo de este mendaz debate sobre el asilo, la antigua RFA ha cambiado mentalmente en el último trimestre de 1992 de manera profunda y más rápida que en los quince años anteriores.

Permítanme presentarles brevemente cuatro aspectos de este nebuloso debate.

- A) La falta de sinceridad en el tratamiento público de la cuestión del asilo comienza con una *definición errónea*. Hablar de “abuso” del derecho de asilo oculta el hecho de que necesitamos una política de inmigración que abra *otras* opciones legales para los inmigrantes. Las cuestiones de asilo político e inmigración forman un solo paquete (*Junktim*). Por ejemplo, a pesar de la gran cantidad de inmigrantes ilegales en los Estados Unidos, la cuota anual oficial de inmigración se elevó a 714.000. En Alemania; sin embargo, nadie se atreve siquiera a dirigir la discusión hacia cuestiones del tamaño y la composición específica de la cuota de inmigrantes, que (como las iglesias demandan con razón) no puede limitarse a “trabajadores cualificados deseables”. Aquellos que tocan el tabú se sienten más cómodos hablando de “limitar la inmigración”. El defecto inherente del compromiso sobre el derecho de asilo alcanzado por la administración y el SPD a principios de diciembre de 1992 reside en el hecho de que el preámbulo promete una política migratoria –y un

5 El 23 de noviembre de 1992, una mujer y dos niñas turcas murieron en un ataque con bombas incendiarias efectuado por radicales de derecha en una casa en la pequeña ciudad de Mölln (en el estado federado de Schleswig-Holstein, Alemania Occidental).

cambio de política de naturalización— que luego en el texto no se trata. Ahora, como en el pasado, las pautas para los derechos de naturalización dejan claro que no somos una nación de inmigrantes y que no queremos serlo.

- B) La deshonestidad continúa con la *política informativa*. Los datos relevantes se distribuyeron de forma incompleta o con largos retrasos y se interpretaron de manera engañosa. A diferencia de las 440.000 personas que solicitaron asilo el año pasado, ingresaron en el país 220.000 inmigrantes que, según una dudosa interpretación del Artículo 116 de la Ley Fundamental, son de “ascendencia alemana” (*Deutschstämmige*) y, por lo tanto, tienen derecho a la ciudadanía alemana. En 1990, Oskar Lafontaine ya planteó la cuestión de si la figura de los así llamados “alemanes de status” (*Status-Deutschen*) era compatible con los principios básicos de una constitución liberal. Pero el argumento de que los ciudadanos alemanes constituyen una comunidad jurídica (*Rechtsgemeinschaft*) y no una comunidad étnica (*Volksgemeinschaft*) parece no haber tenido ningún efecto. El mayor contingente de solicitantes de asilo proviene, con mucho, de Yugoslavia; estos 130.000 inmigrantes podrían ser excluidos del procedimiento de asilo en su condición de refugiados de una guerra civil y se les podría conceder un derecho de residencia temporal. Es un hecho poco conocido que los solicitantes de asilo que ya están establecidos y que viven en Alemania, una categoría que comprende aproximadamente un tercio del número total de solicitudes de asilo, ya no pueden ser deportados sobre la base del derecho internacional. Este hecho cambia el panorama para una cuota de solicitudes de asilo aceptadas de sólo el 5%. Estos tres ejemplos pretenden mostrar que todavía no hay un desglose real de las cifras globales sobre inmigración. Y también tenemos que tener en cuenta el número de inmigrantes que la población en disminución de la RFA necesita por su propio interés con el fin de evitar que el sistema de seguridad social colapse bajo el peso de una pirámide con una cúspide ensanchada. Las contribuciones a la economía nacional que los trabajadores extranjeros han hecho y siguen haciendo siguen sin tenerse en cuenta, al igual que la emigración interna estadísticamente indocumentada de la Alemania oriental a la occidental, que continúa ejerciendo una presión considerable sobre la capacidad de absorción de los antiguos *länder*.
- C) Lo que más empuja el debate sobre el asilo a la zona gris entre el fraude y el autoengaño es la sugerencia de que una *reforma de la Ley Fundamental* podría resolver el problema. La verdad es, más bien, que prácticamente todo lo que se puede hacer eficazmente, puede hacerse

sin demora dentro de las leyes existentes o, al menos, sin modificar la Ley Fundamental. El proceso de reconocimiento podría simplificarse para que involucre a una sola autoridad, y el tiempo necesario para manejar casos individuales podría reducirse a cuatro meses. Entonces, por supuesto, habría que cubrir los 4.000 puestos de la correspondiente Oficina Federal; de ellos, 2.500 permanecen desiertos hasta hoy. Sin embargo, las fuertes demandas del gobierno para la eliminación de los derechos individuales de asilo (artículos 16 y 19 de la Ley Fundamental) ya están descartadas por motivos constitucionales⁶. Esta es la posición no solo del juez federal constitucional Kühling, el juez administrativo federal Rothkegel y el ex oficial de protección de datos de Hesse, Spiros Simitis; considerando la conexión entre el asilo político y la dignidad humana garantizada por el artículo 1, también cuenta con el respaldo de toda la jurisprudencia anterior del Tribunal Constitucional Federal. Hasta que se logre una armonización europea más completa de las leyes de inmigración y asilo, la emienda de la Ley Fundamental sólo puede plantearse para aquellos solicitantes de asilo que hayan presentado una solicitud en países donde están en vigor la Convención de Ginebra sobre Refugiados y el Convenio Europeo de Derechos Humanos, y que ya hayan sido rechazados por esos países. El mero hecho de ingresar desde los llamados “terceros Estados seguros” no es suficiente para rechazar a los solicitantes de asilo en la frontera (como lo exige el compromiso de asilo). La cháchara sobre los derechos de asilo como un derecho de gracia o como una garantía institucional, sobre los comités de apelación, etc., no era más que una engañifa. En cualquier caso, estas opciones no serían de mucha ayuda. Si el Sr. Seiters⁷ tuviera ante sí las experiencias de Estados Unidos con la inmigración ilegal procedente de México, vería la inutilidad de sus fantasías sobre el cierre defensivo. No podía controlar la inmigración incluso si, como ahora se está planeando, se le permitiera fortalecer la frontera oriental con una Línea Maginot electrónica.

6 En *La inclusión del otro* (Barcelona: Paidós, p. 219), Habermas sostiene sobre este mismo punto: “Hay buenas razones *morales* para una *pretensión jurídica* individual al asilo político (en el sentido del artículo 16 de la Ley Fundamental alemana, que debe ser interpretada en referencia a la protección de la dignidad humana garantizada en el artículo 1 y en conexión con las garantías de protección jurídicas dispuestas en el artículo 19)”.

7 Rudolph Seiters, ministro del Interior entre 1991 y 1993 en el gabinete de Helmut Kohl, fue uno de los más firmes defensores de las restricciones de los derechos de asilo. Renunció como ministro a raíz de las denuncias de mala gestión gubernamental en el asesinato de un presunto terrorista de izquierda por agentes de la policía federal.

D) Por supuesto, el punto flaco del compromiso sobre asilo recientemente adoptado consiste no sólo en su intento de trasladar la carga de los solicitantes de asilo que viajan por tierra desde Europa del Este a nuestros vecinos: Polonia, Chequia, Eslovaquia y Austria. Consiste no sólo en la introducción de problemáticas listas de países “libres de persecución”. Las reflexiones más recientes de nuestro ministro de Asuntos Exteriores muestran hacia dónde se dirige este plan en particular: las sugerencias que ofreció en Londres daban crédito a la suposición de que los refugiados procedentes, entre otros, de Bulgaria, Ghana, Liberia, Nigeria, Pakistán, Rumania, Togo, Zaire y Turquía no son perseguidos políticamente. Por encima de todo, el compromiso sobre el asilo comete el error de dejar las cosas exactamente como estaban con respecto al *derecho de naturalización*, en lugar de facilitar el proceso de solicitud de ciudadanía para los extranjeros que ya están establecidos en Alemania. A diferencia de Francia, que emplea el principio territorial (*ius soli*), Alemania determina la nacionalidad de acuerdo con el principio genealógico (*ius sanguinis*). Esto conduce, por ejemplo, al resultado de que hasta la reunificación no sólo los ciudadanos de la RFA, sino también todos los ciudadanos de la RDA, eran ciudadanos alemanes. Ahora, como en el pasado, los llamados “alemanes étnicos” (*Volksdeutschen*), sobre todo polacos y rusos, que puedan demostrar etnia alemana tienen derecho a la ciudadanía alemana. En contraste, a los trabajadores invitados residentes en Alemania se les niega la doble ciudadanía. Tampoco sus hijos que han nacido en Alemania reciben automáticamente el derecho a la ciudadanía, como es habitual en Francia. Si bien los inmigrantes en Francia pueden solicitar la ciudadanía después de cinco años, esto solo es posible en Alemania después de quince años, incluso para aquellos que deseen renunciar a su anterior ciudadanía⁸.

3. PASADO Y FUTURO DE LA CONCEPCIÓN ALEMANA DE NACIONALIDAD Y CIUDADANÍA

Estas diferencias en las políticas de naturalización son expresiones de una autoconciencia nacional distinta, que forma el contexto histórico en el que debe enjuiciarse el debate sobre el asilo. En un estudio reciente (*Citizenship and*

⁸ La regulación alemana de la nacionalidad se flexibilizó sustancialmente a partir de la entrada en vigor en el año 2000 de importantes modificaciones legales que contemplaban por primera vez una forma cualificada de *ius soli*.

Nationhood in France and Germany, Cambridge, Mass., 1992), el historiador estadounidense Rogers Brubaker ha establecido una instructiva comparación entre, por un lado, la autocomprensión políticamente centralizada y más o menos asimiladora de los franceses como una nación de ciudadanos y, por otro, la autocomprensión étnicamente, cultural y lingüísticamente diferenciada de los alemanes como una nación formada por quienes pertenecen étnicamente a un pueblo (*Volksgenossen*). Quienquiera que viva en Francia y posea los derechos de un ciudadano francés se considera francés, mientras que con nosotros hasta el final de la última guerra se hicieron distinciones sutiles entre “alemanes” (*Deutschen*), es decir, ciudadanos alemanes de ascendencia alemana, “alemanes del Imperio” (*Reichsdeutschen*) o ciudadanos alemanes de ascendencia no alemana (por ejemplo, polaca), y “alemanes étnicos” (*Volksdeutschen*), o aquellos de ascendencia alemana con ciudadanía no alemana.

En Francia, la identidad nacional pudo desarrollarse en el marco de un Estado existente geográficamente definido; en Alemania, la identidad nacional tenía que vincularse con la visión de una nación cultural inspirada románticamente de las clases medias educadas. Esta concepción establece una unidad imaginaria, una que se vio obligada a apoyarse en los aspectos comunes del idioma, la tradición y la etnicidad para ir más allá de las realidades de los pequeños Estados que realmente existían y las problemáticas alternativas entre las soluciones de la “Pequeña Alemania” y de la “Gran Alemania”⁹. Aún más influyente fue el hecho de que la conciencia nacional francesa pudo desarrollarse simultáneamente con el logro de los derechos civiles democráticos y de la lucha contra la soberanía de su propio rey, mientras que el nacionalismo alemán surgió de una lucha contra Napoleón, es decir, contra un enemigo externo mucho tiempo antes del desarrollo de un Estado-nación bajo Bismarck y de manera completamente independiente de cualquier logro de derechos civiles democráticos. Por lo tanto, el nacionalismo en Francia permaneció profundamente arraigado en la mitología de la Revolución Francesa y siempre podía estar seguro de su conexión con las ideas universalistas de soberanía popular y derechos humanos, mientras que en Alemania, al surgir de una guerra de liberación, el nacionalismo se combinó con el patetismo de la singularidad étnico-cultural. Este particularismo ha moldeado nuestra comprensión nacional mucho más profundamente.

9 Con el término “Gran Alemania” (*Großdeutschland*) se hace referencia al concepto de un único Estado para todos los pueblos germánicos, es decir, la idea de una Alemania unificada que incluyera también a Austria. “Pequeña Alemania” (*Kleindeutschland*) era el término contrapuesto, la alternativa promovida por Prusia. Con la fundación del Imperio Alemán en 1871, que no incluía a Austria, se implementó la segunda opción.

Un eco de este particularismo se podía escuchar en los discursos pronunciados en Jena en enero de 1993. Según el informe del *Frankfurter Rundschau* sobre una reunión de la organización paraguas de las fraternidades estudiantiles alemanas (11 de enero de 1993), “La mayoría de las fraternidades estudiantiles alemanas se pronunciaron a favor de promover «un concepto de la patria basado en el carácter nacional» (*volkstumsbezogenen Vaterlandsbegriff*) como una meta política. De acuerdo con las concepciones de dichas fraternidades, la patria no debe equipararse con las fronteras nacionales. A largo plazo, los acontecimientos políticos en Europa conducirán a una situación en la que las fronteras nacionales pueden alterarse «desde el interior, según la voluntad de cada nación»”.

Después de 1945, es decir, después del proceso gradual de lidiar con la impactante barbarie de los crímenes masivos del nacionalsocialismo, la antigua RFA había dado la espalda a este tipo de “conciencia especial” (*Sonderbewußtsein*). Su posición en la frontera de un mundo bipolar entre las dos superpotencias contribuyó a este proceso. La disolución de la Unión Soviética y la reunificación alemana han transformado esencialmente esta constelación. Por esta razón, las reacciones ante el resurgimiento del radicalismo de derecha, y en este contexto, también el surgimiento del debate sobre el asilo, plantean la cuestión de si la RFA ampliada continuará en el camino hacia la civilización política o si reintroducirá la vieja conciencia especial de una forma nueva. Por supuesto, no habrá una respuesta única y general a esta pregunta. En cambio, las respuestas deben diferir de acuerdo con si estamos mirando a los nuevos y a los antiguos *länder*.

Hay explicaciones obvias para el retorno de los viejos estereotipos en la antigua RDA. Normalmente, los procesos dolorosos de “destrucción creativa” en los que se devalúan los antiguos capitales y se crean nuevas capacidades tienen lugar durante largos períodos de tiempo y en lugares particulares. Después de la reforma monetaria, este proceso afectó a la economía y, desde allí, a la población de la RDA, en todas partes y de un solo golpe. La devaluación del capital industrial se condensa simbólicamente en la *Treuhand*¹⁰, que desperdicia la riqueza de la nación; la devaluación del capital histórico-personal de generaciones enteras se expresa en los destinos anónimos del desempleo masivo; la devaluación del capital intelectual surge con la liquidación de academias y universidades, en la reconfiguración forzosa de los medios de comunicación, y, no menos importante, en la celosa tarea de desacreditar a intelectuales que alguna vez fueron influyentes: la llamada “controversia literaria” ha cumplido su objetivo. Si se agrega a todo

10 Con el nombre genérico de *Treuhand* o *Treuhandgesellschaft* (Sociedad Fiduciaria) se conoce a la agencia gubernamental encargada de la reconstrucción de la economía de la antigua RDA, incluidas las decisiones relativas a la privatización o liquidación de miles de industrias estatales presuntamente inviables y con escaso efectivo.

esto el hecho de que los rasgos característicos de una mentalidad muy “alemana” podrían mantenerse mejor en el contenedor del Estado socialista que en el Oeste, entonces se producen los conflictos sociales, las pandillas juveniles, que derriban coches con bates de béisbol y desencadenan batallas callejeras, e incluso el radicalismo de derecha no sorprende. En el semanario *Spiegel* (11 de enero de 1993) leemos: “Justo después del cambio, una escena juvenil marcada por la ansiedad, la ira y la desorientación que siguió al colapso de la RDA se precipitó hacia los viejos y los nuevos nazis del Oeste, [encontrando] un terreno común en la tarea de restablecer una «germanidad» autoritaria y agresiva”. Debemos admitir que el entorno en el que surge esta disposición a la violencia sólo puede cambiar con “las circunstancias”, es decir, no de la noche a la mañana. Esto es diferente en la parte occidental del país, donde las condiciones no han cambiado, pero las compuertas se han abierto.

Aquí en la parte occidental, ha habido un cambio en los umbrales valorativos que se han incorporado a los circuitos de una esfera pública democrática. Hoy en día, lo indecible, algo que una quinta parte de la población pudo haber pensado, pero hasta ahora nunca se había expresado en público, se está desbordando. Este fenómeno de reducción de los umbrales no puede explicarse por el fracaso de la familia y la escuela. El problema no son los jóvenes, sino los adultos; no es el núcleo de la violencia, sino el caparazón en el que se desarrolla. Naturalmente, ha surgido una escena de jóvenes inseguros, desorientados y decepcionados en el Oeste, así como en los jóvenes del Este, cuyo potencial latente de violencia puede verse afectado por señales equivocadas (como ordenar a la policía que se retire de los refugios de asilo en llamas) y pueden ser explotados por ideólogos de derecha. Pero esto puede ganar virulencia sólo en el medio de un chovinismo del bienestar sin corazón, que puede transformar a jóvenes descontrolados en “héroes de fantasías sociales de violencia”. Veo como una maniobra de distracción fatal los esfuerzos actuales de los políticos conservadores para aliviar el problema mediante la reducción del radicalismo de derecha a un problema educativo, como hace con su desgastado lema “coraje para educar”. En vez de ello, se rehúye establecer límites claros a la derecha. Parto de que en los antiguos estados federales no es tanto la situación social lo que ha cambiado como su *percepción*.

Dado que todas las percepciones son interpretadas, debemos considerar las interpretaciones. ¿Qué ha cambiado desde 1989? No sólo han crecido las ansiedades sobre el futuro, sino también el colectivo en el que uno se apoya y en el que quiere fusionarse. Hans Magnus Enzensberger cree que la RFA está sufriendo una “mentira vital”: la ilusión de que la reunificación era lo que siempre quisimos. Incluso si limitamos este diagnóstico a la antigua RFA, difícilmente sería correcto para la mayoría de la población menor de cincuenta años, que poco a poco ha tenido que familiarizarse con la unificación inesperada y con la otra Alemania. Esto

no podría haber sido de otra manera, y ciertamente no tienen ninguna necesidad de engañarse al respecto ahora.

Naturalmente, Enzensberger conoce el fenómeno del que está hablando. Las mentiras vitales son patologías que se estabilizan a través de su propia utilidad existencial. Durante la era de Adenauer, la mentira vital con la que todos tuvimos que lidiar fue emitida desde lo alto: “todos somos demócratas”. La RFA necesitó mucho tiempo para superar esto. Fue necesaria una revuelta juvenil para liberar a la RFA de los devastadores efectos psicosociales de este autoengaño. Si realmente ha ido surgiendo una *segunda mentira vital* desde 1989, entonces es más probable que sea la mentira de que “por fin hemos vuelto a la normalidad”. Una sensación de alivio se esconde detrás de la fórmula ambigua “adiós a la antigua RFA”. Más allá de su significado trivialmente correcto, esta despedida está cargada de connotaciones peculiarmente irracionales. El triunfo del suspiro de alivio palpable en la declaración de que “por fin somos nuevamente un Estado-nación normal” nos pide que adoptemos una perspectiva desde la cual la todavía célebre “historia de éxito” (*Erfolgsgeschichte*) de la RFA aparece ahora como la verdadera “vía particular” (*Sonderweg*): una que se supone que ha encarnado la anormalidad forzada de una nación derrotada y dividida. Los clichés están en boca de todos: necesitamos salir de nuestro caparazón; ya no tenemos que esforzarnos al máximo para ser alumnos moralmente modélicos; deberíamos dejar de enco-gernos ante las duras realidades; deberíamos dejar de ser tan tímidos y asumir un papel de liderazgo en Europa, en lugar de reaccionar ante el destino del mundo con una sensibilidad lacrimosa.

Arnulf Baring se ha hecho a sí mismo el elocuente campeón de esta reversión picante de la tesis de la “vía particular”. En una conferencia pronunciada en la Fundación Martin Schleyer, explora la nueva coyuntura de los intereses alemanes, que después de la reunificación es, según él, una vez más la antigua: “Aún vivimos en la Alemania de Bismarck, de nuevo desde 1990”. Para Baring, Alemania ya no es un país puramente occidental, sino que se encuentra otra vez en el centro de Europa. Así, se nos caería encima una posición “que intentamos imponer dos veces a principios de siglo de forma violenta: Alemania como el principal poder relativo de Europa. Antes de 1945 intentamos forzar nuestra voluntad en Europa –muy torpemente, lo admito, y con consecuencias catastróficas como resultado. Ahora corremos el riesgo de cometer el error opuesto frente a los nuevos desafíos que nuestra situación nos presenta: rechazar una mayor proporción de responsabilidad”. Para Baring, ahora debemos volver a aprender cómo percibir nuestros *propios* intereses; cómo hacer que nuestras *exigencias* sean plausibles para nuestros conciudadanos europeos; cómo desarrollar una conciencia nacional *sana*; para “ganar una comprensión más profunda y una relación alternativa con nuestra propia historia ... [debemos] retroceder más allá de 1945”. La normalidad

del Estado-nación alemán no sólo significa la expansión del espacio social, sino la restauración de una continuidad interrumpida en el tiempo.

En retrospectiva, la antigua RFA aparece ahora como la “Federación Aduanera del Rin” que, con sus rasgos cosmopolitas y republicanos, podría enriquecer el Imperio de Bismarck. “Ya no actuando torpemente”, como lo hizo en los dos primeros intentos, la nueva Alemania ahora debería situarse en la cumbre de una liga de naciones europeas con veinte, treinta o cuarenta miembros, pero debería aferrarse lo más firmemente posible a su propia moneda, ya que “el marco alemán no es simplemente un medio de pago, sino también un símbolo de nuestra confianza en nosotros mismos”.

Este multifacético nacionalismo del marco alemán, preparado con la mejor agudeza histórica, restablece la primacía de la política exterior y restaura el honorable sentido de la *Realpolitik* de Treitschke. Ya se reveló en el deseo de normalización visible entre los defensores de una intervención militar en la guerra en el Golfo Pérsico, y hoy se expresa en la solicitud de un asiento alemán en el Consejo de Seguridad de la ONU y de participar en operaciones militares internacionales, en la resistencia al Tratado de Maastricht y a una Unión Europea anclada en Occidente, y las quejas sobre una Alemania “que parece a veces que le importan más los intereses europeos que los nacionales” (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 28 de noviembre de 1992).

Por supuesto, todos estos falsos acentos no son suficientes para conceder credibilidad alguna al eslogan de que finalmente hemos vuelto a ser un Estado-nación normal, como si existiera algo que se acercara al tipo de Estado-nación que podría responder a los distantes ecos de la ideología del siglo XIX, como si la antigua y nueva RFA, que está más profundamente enredada en el entramado de interdependencias políticas y económicas que ningún otro Estado, pudiera volver a ser reducida al anticuado modelo. En absoluto faltan indicios de lo que la despedida mental de la antigua RFA podría aportar a la conciencia pública de la nueva.

En los niveles más altos, “La rellamada a la historia” no ha caído en oídos sordos¹¹. En el Teatro de Wuppertal, los textos de Schlageter del poeta nazi Hanns Johst están adornados con *Lieder* y poemas de Heinrich Heine; en el Museo de Arquitectura de Fráncfort, las obras del arquitecto Paul Schmidhener (en ese momento no menos conocido) se ofrecen como un hilo conductor para la construcción de una vía alemana autónoma a la modernidad, más allá de la Bauhaus. Mientras tanto, los muchachos del *Feuilleton*¹² se han escapado de Fráncfort, se

11 Referencia a un influyente libro de Karl-Heinz Weißmann con este mismo título: *Rückruf in die Geschichte* (Berlín, 1992).

12 “Die Jungs vom Feuilleton”: referencia a los editores –bajo la dirección de Joachim Fest– de la sección cultural del diario conservador *Frankfurter Allgemeine Zeitung*.

han desperdigado por todo el país y se están ocupando de la demolición de la literatura de la antigua RFA; equipados con envalentonadas ideas del viejo desván neoconservador, tratan de fastidiar a los sesentayochistas. En los niveles medios, se nota algo aún más crudamente construido. El editorialista del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* se preocupa del sombrío mundo de la “democracia delegada”, donde había camaradas que se atrevieron a contradecir a la dirección del partido de Petersberg, y observa un “delirio de la ética de la convicción” y explica esta situación antidemocrática con la fabulosa tesis de la “vía particular”: “A la sombra del gran antagonismo mundial, la cultura de un utopismo cotidiano pudo prosperar en Alemania Occidental, y en particular en la democracia social de Alemania Occidental, que se convirtió en el receptáculo de una buena parte de la generación protesta de 1968. Debido a que la influencia de la política alemana en el curso del mundo era muy pequeña, era posible asumir la responsabilidad global en un rincón protegido sin preocuparse”. En los pisos más bajos, que naturalmente horrorizan a los de arriba, el rock de derecha proporciona el mensaje sincero: “Nuestro derecho, que ha sido cuestionado durante mucho tiempo / Nos estamos liberando de esta asquerosa plaga... / Debemos luchar por nuestra raza / pueblo alemán, demuestra tu clase”.

Por supuesto, la resistencia ha aumentado en las calles de las principales ciudades alemanas desde noviembre de 1992. Como ha observado Klaus Hartung, ha sido la base popular tanto de izquierda como liberal la que, desde la vergonzosa reinterpretación de la manifestación de Berlín, ha puesto fin a las reacciones poco entusiastas y ambiguas de arriba. Las demostraciones más recientes muestran que la cultura de protesta que se desarrolló a lo largo de la década de 1980 ahora se extiende a círculos más amplios. Un festival de rock político en Frankfurt atrajo a más de 200.000 jóvenes. Múnich y Berlín han sido los emplazamientos de las manifestaciones más grandes en la historia de la RFA. La iniciativa para las procesiones con velas, en la que participaron entre 200.000 y 400.000 personas, no provino de los partidos políticos. Surgió espontáneamente de la sociedad civil. Los asesinatos de la mujer turca y las dos niñas turcas en Mölln han producido un efecto político inconfundible: la gente en las calles está defendiendo los estándares de una forma de vida civil colectiva que se había dado por sentado en la antigua RFA. La población es mejor que sus políticos y portavoces. A menos que me esté engañando a mí mismo, esta protesta popular se sitúa en continuidad con esas mejores tradiciones de la antigua RFA, tradiciones que tan sólo pueden crecer a partir del rechazo reflexionado del tipo de “normalidad” que hoy se vuelve a invocar como ejemplar.

Detrás de los ataúdes de las víctimas de la violencia de derecha, la conciencia republicana parece estar despertando de nuevo. Tal vez sea aquí donde podemos ver claramente las alternativas a las que los portavoces y políticos, atrapados en

el antiguo orden político, permanecen ajenos. De hecho, la escena política se está reformando, pero no porque se esté desmoronando un partido de izquierda que, mirando hacia atrás, se enorgullece de haber contribuido a dar forma a la mentalidad de la vieja RFA a través de su exitoso “alarmismo”, sino porque los conservadores liberales se están dividiendo. Ahora que el vínculo unificador del anticomunismo se ha desvanecido, todos aquellos republicanos que tomaron en serio su republicanismo desde el período Adenauer se están separando de los republicanos por hábito (*Gewohnheitsrepublikaner*) que se dirigen hacia nuevas costas. Ahora es el momento de que los liberales se separen de todos aquellos que se envuelven en las imágenes social-darwinistas de la autoafirmación colectiva de una nación, en lugar de pensar en los frágiles conceptos que constituyen los procedimientos emancipadores de una comunidad jurídica.